

## Culturas

Con cedilla

SEBASTIÀ  
ALZAMORANavidades  
progres

Cuando empezó a extenderse la palabra *progre*, ya advirtió el escritor Jaume Vidal Alcover que se veía por el diminutivo que los progres iban a ser la caricatura de los progresistas. Supongo que se reíría lo suyo el bueno de Vidal Alcover si levantara la cabeza y viera las ocurrencias que despacha el Ajuntament de Barcelona —paradigma y faro de la militancia progres— cada vez que se acercan, oh cielos, las Navidades, unas fiestas que las mentes fértiles del *casal* barcelonés deben considerar de lo más carca y desfasado, y que les despierta un terrible empeño de modernización y puesta al día.

Habitualmente, el blanco de la inspiración consistorial suele ser el belén que, desde hace un montón de tiempo, se instala por tan señaladas fechas en la plaza Sant Jaume, justo delante del edificio del Ajuntament (y del Palau de la Generalitat, que está al otro lado de la misma plaza). Un año les dio por montar un belén ciudadano, como creo que lo llamaron, lo que significó cambiar los pastorcillos por imágenes de personajes típicos de la ciudad: desde transeúntes sin identificar hasta un mosso d'esquadra, pasando por un bombero, unos inmigrantes y lo que ustedes quieran. No sé si dejaron al buey y la mula en su sitio, pero entonces quedarían algo desubicados, pobres. Otro año, poco después de aprobar una llamada normativa cívica sobre uso de la vía pública (que, por lo que se comprueba a la que sale uno a la calle, debió de ser olvidada inmediatamente), se debatió sobre la conveniencia de suprimir del belén la muy catalana figura del *caganer*, no se diera el caso que algún despistado la interpretara como una apología del zurullo callejero. Perlas cultivadas, en fin, de la corrección política *progre*.

## Abetos sostenibles

Este año, sin embargo, el celo corrector ha ido a fijarse en otro abalorio navideño: el árbol, que ya se ve que constituye una barbaridad ecológica y un atentado contra toda moral verde que se precie. Ante ello, en el Ajuntament han encontrado una solución feliz: abetos sostenibles, les llaman. Son seis cachivaches enormes, de unos doce metros de altura y forma cilíndrica: cuatro de ellos se iluminan con placas fotovoltaicas y los otros dos por interactividad, es decir, pedaleando una bicicleta que llevan adosada, en homenaje al más *progre* de los vehículos. Podría parecer un chiste, si no fuera porque los seis abetos de marras han costado la poco sostenible cifra de 214.000 euros, que podrían haber dado para unas cuantas fiestas de la biodiversidad. En fin, no es que uno sea precisamente un fan del espíritu navideño y todas esas cosas. Pero las tradiciones también son cultura y, cuando alguien se empeña en transformarlas a cuenta de una u otra ideología, el resultado suele ser grotesco (y caro, en este caso). Eso sí, reírte, te ríes un rato.

\* ESCRITOR

PARA COMENTAR EL ARTÍCULO:  
[blogs.publico.es/culturas](http://blogs.publico.es/culturas)

# MIKEL LABOA

## Adiós a las raíces

Muere a los 74 años el cantautor que fue capaz de convertirse en un icono mundial de la cultura vasca, y de resucitar y renovar con sencillez el cancionero popular en euskara

**Hegoak ebaki banizkio  
neria izango zen  
ez zuen aldegingo  
bainan, honela  
ez zen gehiago txoria izango  
eta nik...txoria nuen maite.**

Si le hubiera cortado las alas  
habría sido mío,  
no se habría escapado,  
pero así  
ya no sería más un pájaro,  
y yo lo que amaba era el pájaro.

**GUILLERMO MALAINA**  
BILBAO

— Mikel Laboa (San Sebastián, 1934) se fue ayer para siempre, pero sus canciones quedan ahí para la eternidad. Eso no cambiará. Sus letras, medidas en las cuerdas de su guitarra, se cantan hoy en cualquier lugar de Euskadi. No importa la generación, ni la condición de cada cual. Porque siempre se encuentra algún momento dulce para ensimismarse con alguna de sus obras, como la que arranca este texto y que tantas veces Laboa llenó de valor ante el micrófono.

Él era así, un hombre que cantaba a la libertad sin maldad y que encandilaba con su sencillez cuando recitaba con una mezcla indescriptible de pasión y humildad letras como esas.

El cantautor llevaba varios días ingresado en el Hospital Donostia, tratando de recuperarse de una dolencia con la idea de poder recoger el próximo día 23 de diciembre otro premio a su dilatada trayectoria: la Medalla de Oro de Guipúzcoa, el máximo galardón que otorga la Diputación.

Pero, a las cinco de la mañana, consumió su último hálito de vida, de una existencia marcada por la música desde que en su niñez abandonó San Sebastián en plena Guerra Civil para refugiarse junto a su madre y sus hermanos en la pequeña localidad pesquera de Lekeitio (Vizcaya).

En aquellos años de prohibiciones y posguerra, Mikel Laboa cogió su primera guitarra en 1950 para dar una salida a sus sentimientos y comenzar a resucitar la tradición musical vasca con un espíritu innovador que con los años le acabaría convirtiendo en un icono universal.

Algunos de sus compañeros y amigos no se cansaban ayer de reivindicar que la inmensa calidad humana de Laboa no debe tapar la magnitud de su obra, ni su inagotable ansia por renovar la tradición.

Porque este cantautor donostiarra siempre fue así. Sus estudios de Medicina le llevaron a trabajar en el Hospital Santa Creu y San Pau de Barcelona, donde fue impregnándose del valor conceptual del grupo. Corrían los años sesenta y, a su vuelta a Euskadi, formó junto a artistas como Benito Lertxundi o Xabier Lete el grupo Ez Dok Amairu, un movimiento vanguardista cuya actividad trascendió al ámbito de la música para aportar un granito de arena frente a la dictadura.

## A la vanguardia

Tan sólo un par de años antes, Laboa había conseguido ofrecer su primer concierto en euskara, curiosamente lejos de Euskadi, en Zaragoza, con una amalgama de cantos tradicionales como *O Pello, Pello* y *Bereterretxen kanthoria*, entonces prácticamente desconocidos en Euskadi.

Esas dos canciones, junto a otras dos, *Amonatxo* y *Aurtxo Txikia*, formaron parte de su primer disco, publicado en 1964 con el título *Lau herri kanta*. Para que aquel trabajo viera la luz, Laboa tuvo que acudir a una editorial del País Vasco francés para eludir las prohibiciones del régimen franquista.

Desde entonces hasta hoy, Laboa se fue haciendo a sí mismo hasta lograr, sin proponérselo, el complicado mérito de convertirse en un artista universal cantando en su vieja y amada lengua vasca.

La discografía de Laboa se reduce a 16 discos, pero su valor es incalculable. Ayer, cientos de personas anónimas, y de personalidades de la cultura, la política y la sociedad se acercaron al tanatorio donostiarra de Rekalde para rendirle homenaje. En su recuerdo quedan ya muchos momentos, como su último gran concierto en 2006 junto a Bob Dylan. Fue un acto por la paz y Laboa cantó una sola canción: *Txoria txori*.

## CASA DE CITAS

## SU MÚSICA

«No me identifico con la etiqueta de cantautor. Apenas compongo letras. Siempre me he dedicado a tres líneas de trabajo: recuperar canciones tradicionales, musicar poesías y componer piezas experimentales»

«Yo no me daba cuenta de que era minimalista. El primero que me lo dijo fue Raimon en una crítica»

## SU TIERRA

«Medem intentó entrevistarme para 'La pelota vasca'. Le dije que no porque hablar no es lo mío. Lo que tenía que decir sobre Euskadi ya lo he dicho en mis canciones»

«En los años cincuenta, Euskadi era casi un desierto cultural. Toda la gente con inquietudes se había exiliado por culpa del franquismo. En la radio de San Sebastián sonaban cosas muy elementales como 'Se va el caimán' o 'Tengo una vaca lechera'. Por eso me llamaba la atención cualquier cosa que tuviera calidad, como Violeta Parra»

## SUS INFLUENCIAS

«Además del lenguaje convencional, hay otras formas de comunicarse, como los gritos o la expresión corporal. Cuando empezaba, me interesaron las técnicas de teatro de Roy Hart»

«Es triste leer un poema como 'Preguntas de un trabajador delante de un libro' (Bertolt Brecht) y darte cuenta de que no ha perdido vigencia. Por eso me interesa musicarlo»

\* EXTRAÍDO DE UNA ENTREVISTA REALIZADA  
EN MARZO DE 2004 POR VÍCTOR LENORE

## Tradición, vanguardia y algo más

## Perfil

**VÍCTOR LENORE**  
MADRID

— Como muchos treintañeros, descubrí tarde la música de Mikel Laboa. No es fácil llegar a él porque los artistas que escogen expresarse en euskara suelen ser marginados en los medios de comunicación. Cuando me zambullí en sus discos, encontré mucho más de lo que esperaba. Ofrece una simbiosis perfecta de tradición y vanguardia, pero expresarlo así sería demasiado frío, porque por encima de todo hay unas canciones viscerales y frondosas que fluyen con la máxima naturalidad.

Ibon Errazkin, un mago del pop con cultura amplia y heterodoxa, escribió que la música de Laboa "gira en torno a unos cuantos acordes básicos de guitarra, tocados de una manera a veces un poco rudimentaria, pero siempre muy expresiva. Pienso en la introducción de *Baxtan* o en esas cuerdas mal pisadas de *Gure oroitzape-nak*, para mí preferibles a todos los virtuosismos del mundo". La emoción que contagia sus canciones, como la de un paisaje, parece una de esas cosas que no se pueden aprender ni enseñar (aunque sí preservar o cultivar, como él hizo a lo largo de su vida artística).

"Me han contado que en los conciertos es un poco *médium*", añadía Errazkin. La misma impresión transmiten sus grabaciones. Si alguien las escucha dentro de 200 años, le costará situarlas en el tiempo por su estilo sobrio, que no responde a modas. Parece tener un pie en el mundo material y otro en una dimensión paralela empapada de intensidad, inquietud y nostalgia.

Además de su muerte, es triste la sospecha de que si hubiera nacido en Londres, Sao Paulo o Nueva York, tendríamos más discos suyos en casa.